

pero —con muros inclinados y suelos en pendiente— incómoda para colgar nada. Por eso las paredes funcionan como dioramas para proyectar nuestra historia”, dijo Sheikha Al Mayassa. Para Nouvel, esas proyecciones constructivas representan el movimiento nómada de los beduinos.

“Nadie ha estado en el interior de una rosa del desierto”, resume el arquitecto. Ciertamente, el trayecto recurre a la “compresión-expansión” —acoger en espacios pequeños para sorprender con los grandes— que defendía Frank Lloyd Wright, otro arquitecto que supo construir en el desierto.

Ese es el gran mérito de Nouvel: en un bosque de rasca-cielos con muros cortina que ig-

Ceremonia de inauguración del Museo Nacional de Qatar concebido por el arquitecto Jean Nouvel. / KARIM JAAFAR (AFP)



noran la arena y el calor que los rodea, el francés anticipa y prevé el polvo y la erosión con un edificio capaz de convivir con el sol. Los discos de hormigón reforzado con fibra de vidrio protegen las ventanas con voladizos para mantener alejado el calor.

Cuesta mucho construir un icono. Además de talento para aportar ideas en lugar de repetir fórmulas, es fundamental negociar.

Edificio con identidad

La historia de este icono se remonta hasta hace 18 años, cuando el autor de la Torre Agbar de Barcelona propuso un museo subterráneo junto a un lago artificial que recuperase la unión entre mar y desierto. En un tiempo en el que tantas ciudades recurren a terrenos ganados al mar para crecer, él quiso devolver al mar la orilla que le quitó el paseo marítimo, la Corniche. Quiso esconder el museo siguiendo la tradición beduina de protegerse del calor bajo tierra. Aquella propuesta no prosperó. “Comprendí que un museo nacional debe ser visible”, admite.

Encontró en el desierto la manera de hacerlo hablar. Autor del Louvre de Abu Dhabi (2017) y de la Torre Doha (2011) —singularmente cubierta por una celosía—, no por casualidad Jean Nouvel saltó a la fama en 1989, cuando culminó en París el Instituto del Mundo Árabe.

Así, con la geometría matemática de una rosa del desierto, este nuevo museo catari es uno de los embalajes arquitectónicos más extraordinarios levantados en los últimos años, gracias en parte a las empresas y mano de obra españolas: la constructora Empty y el operador de infraestructuras Acciona.

El edificio lo tiene todo: identidad, relación con el lugar, referencia a un símbolo del desierto y tecnología punta para lograr la unión dinámica y precisa de los 539 discos de hormigón —de entre 14 y 87 metros de diámetro— que, como un castillo de naipes, levantan este paradójico museo con ambición mundana y contenido local.

que comenzó la polémica, intentamos dialogar con quienes se ofendieron, sabiendo que no existe una sola pieza que guste a todo el mundo. Que ver arte es algo contagioso y que algunas obras pueden tener otra consideración dentro de 20 años”.

Pero ¿qué piensa la mecenas del preocupante fenómeno según el cual en el mercado del arte unos pocos coleccionistas particulares adquieren obras de valor histórico a las que museos icónicos no pueden acceder por su precio? “No es un fenómeno propio solamente del mundo del arte, al que considero un mercado como cualquier otro. A pesar de eso, a nosotros no nos gusta inflarlo y, a veces, se dicen cosas que no son ciertas, como que ofrecimos mucho dinero por un *da vinci* por el que en realidad no ofrecimos un solo dólar”, dice en referencia al *Salvador Mundi* que compró el Louvre de Abu Dhabi.

“Hay algunos coleccionistas con mucho dinero y poco conoci-

miento que dañan el mercado y pueden acabar con la carrera de grandes artistas. Todos los actores quieren inflar esa burbuja artificial y poco saludable que yo considero que en algún momento se va a pinchar con instrumentos del mismo mercado. Además, los museos no solo son dueños de piezas, sino que las exhiben, las enmarcan en un contexto, las colocan en un catálogo que tiene un determinado sentido y ayudan a que todos disfruten el arte”.

Antes de terminar la entrevista, Al Mayassa aclara que ella misma no es coleccionista, entre otras cosas, para evitar eventuales conflictos de interés, y que todos sus planes son a medio y largo plazo. “Me gusta que la gente vea lo que hay detrás de un vestido, de una silla o de un cuadro, porque el conocimiento puede usarse para que la vida, que es corta, tenga otro sentido. Y para eso hace falta pensar por qué pasa lo que pasa, en lugar de asumir que simplemente sucede”.



Roberto Polo, ayer durante la inauguración del Museo de Arte Contemporáneo en Toledo. / JULIÁN ROJAS

La colección de Roberto Polo desembarca en Toledo

El antiguo convento de Santa Fe recibe 250 obras de artistas modernos y contemporáneos poco representados en España

MARGOT MOLINA, Toledo “En cada uno de los dos estanques, el agua envolvía un árbol de plata, alto, de extraordinaria forma y acabada factura. El agua subía por ellos desde los dos pilones y se deslizaba desde lo más alto de sus ramas como la llovizna o el rocío”. La sorpresa que la belleza de esos “árboles de plata” le causaron al historiador cordobés Ibn Hayyan en el siglo XI se repite cuando el espectador ingresa en la sala de los Perfumes del palacio de Al Ma’num, en Toledo, y descubre que esos increíbles árboles son arcos en los que gacelas aladas, grifos y leones se perfilan sobre polvo de lapislázuli. Tras la estructura cuelga el óleo *The Entry of Christ in New York* (1993-2006), de Paul Manes, una de las 250 obras de arte moderno y contemporáneo de la colección de Roberto Polo que desde hoy pueden verse en el antiguo convento de Santa Fe.

Los arcos, un raro ejemplo andalusí anterior a la severa iconoclastia que se impuso en los reinos de taifa, conviven en armonía con el arte más vanguardista del norte y este de Europa: desde Honoré Daumier, Eugène Delacroix, Kandinsky, Franz Marc o Marthe Donas hasta las coloristas esculturas de cristal de Maria Roosen, como el gran rosario rojo que preside la antigua iglesia.

El encuentro, que ha sido posible tras cuatro años de trabajo entre el Gobierno de Castilla-La Mancha, el coleccionista cubano-estadounidense Roberto Polo (La Habana, 1951) y el experto en arte Rafael Sierra, supone que durante 15 años —periodo renovable— 475 obras de

171 artistas permanecerán en la región. El acuerdo incluye la apertura de otra sede en el antiguo Tribunal de la Inquisición de Cuenca, un edificio del siglo XVI que albergará el resto de la cesión y cuya rehabilitación estará terminada en 2023.

“En mi colección nunca me he guiado por las firmas, que son producto del mercado del arte, sino por las obras. El arte y el mercado son cosas muy dis-

tintas que raramente coinciden”, aseguró Polo en la presentación de la primera parte de la Colección Roberto Polo. Centro de Arte Moderno y Contemporáneo de Castilla-La Mancha (Corpo). “Este es el día más importante de mi vida en el arte porque es el sueño de un coleccionista, y no es más que el primer paso de lo que será un órgano viviente”, afirmó.

“El proyecto, que ha costado 1,2 millones de euros, cubre los vacíos que hay en los museos españoles en el capítulo de las vanguardias históricas del norte, centro y este de Europa. Es un puente que nos permite recuperar la relación de España con Flandes, que se perdió en el XVII”, apuntó Rafael Sierra, director artístico de Corpo.

Vitrina de Nefertiti

El proyecto museográfico, del arquitecto Juan Pablo Rodríguez Frade, aprovecha la singularidad del convento de Santa Fe para concatenar una sorpresa con otra, como la escultura *Grotesque III*, de Oskar Schlemmer (1923-1932), para la que Polo ha encargado una vitrina igual a la que tiene el busto de Nefertiti, en el Neues Museum de Berlín. La colección está sembrada de hitos, entre los que Sierra destaca la única escultura que se conserva de László Moholy-Nagy, una pieza de Man Ray y otra articulada de Kurt Schwitters que puede (o no) tener una erección.

La selección incluye solo la obra de un español, una escultura en madera de Juan Garai-zábal, porque una pintura de Rafael Canogar y dos piezas de Miquel Navarro son cesiones temporales de los artistas.

Un contenedor excepcional

El convento de Santa Fe es un monumento nacional cerrado desde 1973, cuya construcción se inició en siglo IX como palacio de Abderramán III. Pasó después a la Orden de Calatrava y, en el siglo XVI, Isabel la Católica lo cedió a las Comendadoras de Santiago. Tras 15 años de restauración, ha recuperado la parte palaciega andalusí y la *qubba* califal, de la que se conservan los arcos polilobulados de la bóveda, puesto que esa pequeña capilla, actualmente con pinturas murales del XVI, ha sido siempre un lugar de oración. El Corpo cuenta también con una sala de exposiciones temporales, que comparte con el Museo de Santa Cruz y que presenta, por primera vez en España, una gran exposición (60 lienzos y 135 dibujos) del artista belga Werner Mannaers. La visita a ambos espacios será gratuita hasta el 31 de marzo.